

GUÍA DE VIAJE POR EL IMPERIO ROMANO



«El texto de Falco, ilustrado
con los comentarios de Toner,
resulta a la vez cautivador,
arrogante y brutal.»

New Yorker

«Una obra fascinante que
nos guía a través de los
pormenores de una civilización
con luces y sombras.»

Times Literary Supplement



MARCO SIDONIO FALCO
CON JERRY TONER

CRÍTICA

MARCO SIDONIO FALCO

con Jerry Toner

GUÍA DE VIAJE POR EL IMPERIO ROMANO



Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2022

Guía de viaje por el Imperio romano
Jerry Toner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *A Grand Tour of the Roman Empire*

© Jerry Toner, 2022

© de la traducción, Silvia Furió, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-455-8
Depósito legal: B. 13.972-2022
2022. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex S. L.



I

Un *grand tour*



El emperador me había convocado. La guardia me condujo a una amplia terraza situada en la estribación de la colina Palatina por donde paseaba en actitud agitada, seguido de una tropa de consejeros. Es muy alto y extremadamente pálido, con un cuerpo peludo y desproporcionado. Tiene el cuello y las piernas muy delgados, y los ojos vacíos se hunden bajo una frente amplia sobre la que despuntan mechones de pelo ralo. Es muy susceptible acerca de su calvicie y está prohibido mirarlo desde una posición elevada. Su rostro es amenazador por naturaleza, pero aun así se esfuerza por incrementar este rasgo practicando expresiones feroces frente a un espejo.

—¡Ah, Falco! —me saludó—. Este es el hombre que me dará una respuesta directa. Dime, Falco, ¿qué harías tú para incrementar el imperio?

—¿Qué clase de pregunta es esta, emperador? —apunté. Y, deseoso de confirmarle la imposibilidad de la tarea, añadí—: Como bien dice el proverbio, sería lo mismo que ordeñar un chivo.

El emperador se detuvo en seco como fulminado por un rayo de Júpiter. Su séquito me miró horrorizado por lo que acababa de decir. ¿Cómo podía yo saber que la susceptibilidad del emperador respecto a su pelo desaliñado y su físico patizambo había llegado al extremo

de prohibir cualquier mención a los chivos? Un hombre de rango inferior habría sido ejecutado.

—¡Fuera de aquí! —gruñó con su mirada más aterradora—, y mantente alejado, muy alejado.

Escapé de palacio a toda prisa. Me he enfrentado a hordas de bárbaros en combate con inquietud, pero no tengo inconveniente en reconocer que ahora el miedo me hacía sudar como el Tíber en pleno caudal. Había ofendido al emperador y me habían dicho que desapareciera. Era hora de pasar desapercibido durante algún tiempo.

Decidí que lo mejor era abandonar Roma lo más rápido posible. Me dirigiría en primer lugar a mi villa de Baiae. Pero es bien sabido que el emperador pasa sus vacaciones en este complejo costero, de modo que no podría permanecer allí mucho tiempo. Pensé en mis propiedades del norte de África, en la extensa hacienda que había heredado de mi tío en la Galia, en las granjas de olivos de Hispania que había comprado años atrás para importar aceite a Roma. Todas ellas estaban lo suficientemente alejadas. Por otro lado, había tantos lugares de nuestro gran imperio que nunca había visto. Había estudiado en Atenas cuando era joven, pero desde entonces no había vuelto. Había experimentado el caos de Alejandría durante algunas semanas cuando fui enviado allí por asuntos oficiales, pero no tuve tiempo de remontar el Nilo para ver las maravillas de los faraones. Y después estaba mi hijo, Tito, que estaba al mando de las tropas en la muralla, en la parte más remota de la gélida Britania. ¿Qué mejor manera de sorprenderlo y de llevarle en persona esos calcetines que siempre le pide a mi esposa que le envíe?

Comprendí que aquella era la ocasión de viajar por el imperio. Por desgracia no había ninguna guía que me facilitase la tarea. Había leído diversas guías de viajes sobre zonas de Grecia, pero en su mayoría estaban escritas por griegos decididos a revivir las glorias de su pasado remoto. Con sus interminables relatos de las victorias griegas contra los persas, las detalladas narraciones de sus mitos y costumbres locales, es como si su actual subordinación a Roma no existiera. Decidí que aprovecharía aquella oportunidad para escribir una guía, que ocuparía diez libros, de los lugares y monumentos más memora-

bles de todo el imperio. Nadie, ni siquiera un griego, había intentado jamás realizar un *grand tour* a lo largo y ancho del Imperio romano.

Una guía de tal calibre es muy necesaria. Al parecer, casi todo el mundo viaja de un lado al otro del imperio. ¿Por qué? Los hombres viajan por muy diversas razones. Algunos van en busca de educación y pasan varios años en Grecia estudiando con los filósofos. Muchos senadores, como hizo mi padre, envían a sus hijos a Atenas para pulir sus habilidades oratorias, que tan importantes serán para sus carreras en la vida pública. ¿Qué hombre ilustrado no se desenvuelve con fluidez en griego, lengua que ha de dominar para sembrar abundantemente sus discursos con las más convenientes citas del gran bardo Homero? Otros buscan salud. Cuántos han realizado la larga caminata hacia Pérgamo para consultar a Asclepio, dios de la sanación, en su magnífico santuario. Asistidos por ayudantes, duermen en las instalaciones del templo para que el propio dios pueda visitarlos en sueños y comunicarles el tratamiento que deben seguir. También hay quienes consultan a los grandes profesionales de la medicina griega, capaces de diagnosticar los desequilibrios humorales causantes de enfermedades.

Son muchos los que viajan por comercio. Por todas partes pueden verse cargueros procedentes de lugares tan lejanos como el sur de Arabia e incluso la India, tal es su número que sin duda deben de haber despojado sus tierras de especias. Más cerca de casa, las tierras agrícolas de Egipto y del norte de África transportan sus abundantes cosechas en enormes barcos de cereales que constituyen el sustento vital de la ciudad de Roma. Es asombroso que haya espacio en el mar para tantos buques.

Naturalmente, los que viajan por dinero son las clases corrientes. Quienes pueden permitirse una vida de ocio realizan *tours* para explorar los numerosos enclaves de interés que ofrece el imperio. La naturaleza humana es tal, que nos invade una gran curiosidad por los otros pueblos y lugares y nos sentimos inclinados a viajar. Muchos emprenden viajes por mar y soportan largas y solitarias travesías simplemente para ver algún paraje remoto, porque la naturaleza, orgullosa de su propia belleza, nos hizo admiradores innatos de sus atractivos. Así

pues, la gente está ansiosa por ver con sus propios ojos cualquier cosa especial sobre la que haya leído u oído hablar. Evidentemente, en algunos casos, esta necesidad de viajar se convierte en una suerte de enfermedad. Como no saben lo que quieren y están demasiado acostumbrados a una vida fácil y anhelan constantemente algo importante que se les escapa, se recrean en un vagar sin rumbo por la superficie de la tierra. Persiguen toda clase de maravillas naturales, lugares en los que se han producido milagros, curiosidades zoológicas y costumbres extrañas de pueblos remotos, con una sed desesperada de experiencias que ninguno de estos viajes parece aplacar.

Estos ricos ociosos deambulan sin propósito, recorren costas lejanas, unas veces por mar, otras por tierra, siempre tratando de apaciguar algún desasosiego interior. «¡Vayamos a la Campania!», dicen. Pero no tardan en aburrirse, ansían rincones salvajes y parten hacia Lucania o a algún sitio similar. Sin embargo, una vez allí, añoran la belleza y la sofisticación y corren hacia Tarentum para disfrutar de su agradable clima. Pero al poco de llegar, ya echan de menos el ruido y el bullicio de Roma y se sienten invadidos por el deseo de ver alguna matanza en el Coliseo. De este modo, un viaje se sucede a otro, y un paraje es sustituido por otro. Parece que estén huyendo de sí mismos.

El Imperio romano es el que ha hecho posible todas estas andanzas. La inmensa majestad de la paz romana y su excelente red de comunicaciones, tanto por tierra como por mar, han brindado un confort y una seguridad en los desplazamientos que no ha hecho más que incrementar esta pasión por los viajes. Somos los romanos los que hemos trazado el mapa del mundo, tendido puentes sobre los ríos, abierto calzadas a través de las montañas y surtido de casas de postas las tierras baldías, donde los funcionarios pueden encontrar alojamiento y establos con caballos de refresco. Sin embargo, casi ninguno de esos no romanos que desean información para viajar y conocer las joyas del imperio tiene la menor idea de por dónde empezar. Esta guía les dirá todo lo que necesitan saber.

¿Qué maravillas veremos? Para empezar, tenemos la arquitectura. Aunque se perdiera todo conocimiento del mundo romano, las enormes ruinas que sobrevivirían darían cuenta de cuán poderosa fue la

civilización que las construyó. Los arcos, las termas, las cúpulas, los puentes y los acueductos hablan de una prosperidad que ninguna época anterior llegó a igualar y no puedo imaginar que ninguna sociedad humana consiga superarla. Las denominadas siete maravillas del mundo datan del período en que Alejandro acababa de conquistar el Imperio persa y reflejan el estrecho horizonte de los griegos: Alejandría, Rodas, Olimpia, Halicarnaso, Éfeso, Menfis y Babilonia. Sin embargo, la prosperidad y la habilidad constructora de los romanos han propiciado el continuo crecimiento y embellecimiento de las ciudades de todo el imperio. Tan solo en la Hispania Tarraconense hay unas doscientas cincuenta ciudades. Incluso las fundadas por los griegos, como Alejandría, han florecido bajo el dominio romano. En todas partes, dichas ciudades tienen un solo objetivo: superar a sus rivales y vecinas y ser las más hermosas. También en las antiguas regiones bárbaras del norte proliferan los arcos triunfales, las plazas pavimentadas, los templos de mármol y los anfiteatros de piedra. Brillan en todo su esplendor y el mundo entero parece haberse abandonado al placer y la magnificencia.

Veremos las tumbas de los héroes de la antigüedad, como la de Aquiles en Troya. Iremos en busca de los héroes de épocas más recientes y seguiremos los pasos de Alejandro cuando partió en su gran expedición hacia el Imperio persa. Contemplaremos los enclaves donde tuvieron lugar las famosas batallas de las guerras médicas, donde por primera vez los atenienses y sus aliados rechazaron al agresor persa. Y visitaremos lugares en los que otros hombres famosos vivieron, se sentaron y charlaron, como la casa de Sócrates en Atenas.

Los dioses estarán en el centro de nuestro periplo. Experimentaremos los lugares divinos donde antaño nacieron los dioses. Visitaremos importantes santuarios y capillas que, con el tiempo, han ido acumulando un inmenso surtido de objetos valiosos donados como regalo por devotos agradecidos. El arte con mayúsculas ocupará un puesto destacado en nuestro programa, en el que descuellan dos obras maestras: el Zeus de Fidias y la vaca de bronce de Mirón. También conoceremos lugares de fama literaria: veremos las ruinas de Troya y la playa en la que desembarcaron los griegos en su intento por resca-

tar a Helena. Experimentaremos la belleza que solo la naturaleza puede ofrecer, como el valle de Tempe, donde el río Peneus serpentea por avenidas arboladas y orillas de hierba verde, mientras los pájaros trinan desde las copas de los árboles. En resumen, esta guía te* proporcionará conocimiento sobre los distintos pueblos, sus costumbres y su pasado, y también sobre lugares famosos por su belleza, historia o peculiaridad.

También podrás apreciar las ventajas del Imperio romano; verás que el mundo es más cultivado y rico que antes y cómo prosperan todos los lugares. Los campos fértiles han sustituido a los desiertos y los trigales han reemplazado a los bosques. Se han secado los marjales y ahora proliferan ciudades donde antes había chozas. Cada rincón rebosa de vida civilizada. La dominación romana ha acabado con las interminables guerras entre tribus locales, que ya ni siquiera recuerdan los tiempos en que solían cometer aquellas insensatas tropelías militares.

Ser gobernado por nosotros los romanos es verse sometido por el poder de superiores. Nosotros controlamos un ingente imperio con un gobierno que es firme, pero no cruel. Esta feliz experiencia ha hecho que el mundo entero se aferre con fuerza a Roma. El mundo nunca se plantearía abandonar Roma como tampoco se le ocurriría a la tripulación de un buque separarse de su piloto. ¿Habéis visto cómo se agarran fuertemente unos a otros los murciélagos cuando cuelgan de las rocas en las cuevas? Pues así se aferra el mundo a Roma. Todos los hombres le pagan impuestos con mayor placer que si se los cobraran otros. La gente corriente puede acudir al emperador en busca de ayuda. Es una situación que resulta agradable y ventajosa tanto para los ricos como para los pobres. Nadie se plantea jamás una alternativa y no hay voces disidentes.

Es como si todo el imperio estuviera de vacaciones perpetuas. Las únicas personas que merecen nuestra compasión son aquellas

* A lo largo de toda la obra, se ha respetado el tuteo de Falco, que interpela al lector como era característico en los autores de la época. Asimismo, se han mantenido las unidades de medida romanas. (*N. de la t.*)

pocas que todavía residen fuera de nuestros dominios. Roguemos a los dioses para que concedan prosperidad eterna a este imperio y a la gran ciudad de Roma y que solo caigan cuando las piedras floten en el agua y las flores dejen de brotar en primavera. Roguemos para que protejan al gran emperador y a sus hijos y que les concedan bendiciones a todos.

Pero, interrumpiendo mi ensoñación, me percaté de que no había tiempo que perder. Era hora de abandonar la ciudad por si el emperador decidía enviarme a sus hombres. Durante el día el tráfico en Roma está prohibido, de modo que me hice trasladar en silla de manos provista de cortinas por cuatro esclavos hasta salir de los límites de la ciudad. Allí me monté a un pequeño carro, cuyas ruedas crujían con saña a pesar de haber aplicado suficiente grasa animal a los ejes para lubricarlos, y en el que pude permanecer oculto bajo un toldo.

Una antigua tradición establece que quienes inician un viaje, ya sea por tierra o por mar, prometan cumplir algún tipo de voto al llegar sanos y salvos a su destino. La promesa que hice mientras dirigía mi mirada hacia las resplandecientes torres de la gran ciudad no fue en absoluto la acostumbrada e irrelevante estupidez. Simplemente prometí que, si regresaba sin incidentes, dedicaría mi guía al emperador con la esperanza de recuperar su favor.

COMENTARIO



La descripción del emperador extremadamente sensible se basa en la de Calígula, que al parecer era más susceptible que el resto. A los senadores que perdían el favor del emperador, si tenían suerte, se les imponía viajar como exiliados a alguna provincia remota o isla solitaria, donde aguardaban con ansia que se aplacase la ira del emperador y fuesen llamados de nuevo. Pese a haber infringido las normas y haber provocado el enfado del emperador, Falco se deshace en alabanzas respecto al Imperio romano, y su panegírico está basado en el *Elogio a Roma* del orador griego Elio

Arístides del siglo II e. c., en el que evidentemente no caben voces discordantes. Es difícil saber si todos los pueblos súbditos de Roma veían su subordinación del mismo modo que Falco, porque dejaron muy poca información. No obstante, fuentes judías posteriores manifiestan una resignada animosidad hacia el imperio que tan brutalmente había aplastado a su pueblo en nada menos que tres ocasiones. Muchos cristianos que eran hostiles a Roma no dejaban, sin embargo, de apreciar las ventajas materiales, y la descripción del auge del imperio se inspira en la del Padre de la Iglesia, Tertuliano (*Sobre el manto*, 2.7). En etapas posteriores del viaje experimentaremos criterios opuestos, pero puede afirmarse sin lugar a dudas que la paz romana hizo que los viajes fueran más seguros y facilitó su expansión. En gran parte, esto iba asociado al comercio, pero también hubo un incremento de lo que podríamos llamar turismo de diversa índole. La descripción de Falco de un grupo de acaudalados que revolotean por el imperio se basa en Séneca (*De la tranquilidad del ánimo*, 2.13), que se muestra desdeñoso con este grupo vacuo. La opinión de Séneca no puede considerarse representativa de la corriente general, puesto que en estos textos se posiciona como pensador filosófico. Probablemente, su punto de vista es una excepción, ya que gran parte de la élite disfrutaba de los placeres de los viajes. Obviamente, para viajar se requería tiempo libre y dinero, algo que no estaba al alcance de quienes no pertenecieran a las clases adineradas, aunque muchos romanos corrientes, como los mercaderes, podían combinar el hecho de ver mundo y al mismo tiempo ganarse la vida.

Realizar un *grand tour* por los lugares emblemáticos estaba estrechamente vinculado al imperio y representaba una especie de apropiación visual de las conquistas de Roma. Muchos romanos poderosos fueron aún más lejos y dieron rienda suelta a esta pulsión coleccionando físicamente y copiando las grandes obras de arte que veían en el mundo griego. Augusto adornó Roma con obras como la del Zeus de Mirón, que colocó en la colina Capitolina, y la Afrodita de Apeles, considerado el mejor de los pintores, que instaló en su foro. La mayoría de estas esculturas y pinturas tenían entre doscientos y cuatrocientos años de antigüedad, de modo que resulta evidente que los romanos

estaban principalmente interesados en lo que denominaríamos los Viejos Maestros. Esta clase de arte con mayúsculas ocupaba un lugar preferente en el programa turístico. Las tres obras más famosas eran probablemente la estatua de Zeus de Fidias en Olimpia, la Afrodita de Praxíteles en Cnido, en Asia Menor, y la vaca de bronce de Mirón de la acrópolis de Atenas. La mayoría de estas obras de arte se encontraban en los templos, igual que después se ubicarían en las iglesias cristianas, en calidad de donaciones de los devotos. La decisión de Falco de realizar un recorrido por los famosos enclaves de Oriente se inspiró quizá en los viajes del emperador Adriano, que pasó más de la mitad de su reinado fuera de Italia. A diferencia de los anteriores emperadores que depositaron su confianza en representantes para mantenerse informados acerca de lo que acontecía en las provincias, Adriano quiso verlo de primera mano y visitó casi todas las provincias del imperio, fomentando diversos proyectos constructivos, como su famosa muralla en el norte de Britania.

No se sabe con certeza quién fue el primero en concebir la idea de las siete maravillas del mundo. Antípatro de Sidón hizo una relación de los siete grandes monumentos que había visto, en torno al año 100 a. e. c., pero incluyó las murallas de Babilonia en vez del faro de Alejandría. Por la misma época aproximadamente, Filón de Bizancio escribió una breve descripción de los siete mejores monumentos que merecía la pena visitar en el mundo. Había también otras listas y su proliferación debe considerarse más bien un indicador del crecimiento del turismo antiguo en el mundo helenístico. La mayoría de dichas listas hacían hincapié en antiguas construcciones hechas por el hombre, como las pirámides y el templo de Artemisa de Éfeso, con la inclusión de tan solo dos edificios contemporáneos: el faro de la isla de Faros y el Coloso de Rodas. Este fue el último en terminarse de los siete, poco después de 280 a. e. c., pero fue destruido en un terremoto en 225 a. e. c., lo que significa que los siete monumentos coexistieron durante poco más de medio siglo (si es que los jardines colgantes de Babilonia existieron de verdad).